

Rafael Landívar, *Poeta y Jesuita insigne*

Del libro "Santiago de los Caballeros"

por Valentín Abascal.

Valentín Abascal ha publicado hace poco un excelente libro sobre la Antigua Guatemala y sus recuerdos históricos, en el que su poético estilo nos traslada a la época colonial y nos embriaga con el perfume romántico de las gestas de personajes prósperos que en ella vivieron. Tomamos del mismo capítulo que dedica a la Compañía de Jesús y a uno de sus más insignes hijos: el poeta y consumado latinista P. Rafael Landívar, S. J., cuyos restos mortales descansan en aquella su ciudad natal, a la que él tanto amó, y a la que dió lustre y renombre extraordinarios con sus escritos y sus enseñanzas desde la cátedra.

Con unción me encamino hacia la casa donde naciera el insigne latinista y poeta Rafael Landívar, pues llegar a esta ciudad sin pensar en el autor de la "Rusticatio Mexicana", es como llegar a Avila sin traer a la memoria el nombre de Teresa de Jesús.

Tomo la calle de San Lázaro. Recta, limpia, desierta. A los lados albean los blancos tapiales del cementerio y arriba de ellos, greñudos cipresales se mecen con el viento de la tarde.

Lo que antes fuera imponente casa señorial, a la fecha son simples escombros pintados por la pátina de los siglos, porque nada quedó en pie después de la catástrofe de Santa Marta, a excepción de la dependencia donde se manufacturaba la pólvora, por lo que a este edificio se le conoce con este nombre.

Por este corredor imagino al alcalde ordinario don Juan de Barraneche, indagando al mayordomo Lépiz la causa de la explosión de un cuñete de pólvora, en la cual perecieron cuatro indígenas. Junto a un muro veo al fiscal Ezceiza, pensando a don Pedro Landívar y Caballero con la cantidad de tres mil pesos, por haber ocupado en estos menesteres, asaz peligrosos, a inexpertos aborígenes.

Vagan por los pasillos desiertos don Antonio Lacunza y don Diego Millán, haciendo el inventario de los bienes que dejara el capitán de "caballos corazos", para pasto de los voraces albaceas.

¿Qué fué de la magnificencia de esa mansión que en otro tiempo fué el orgullo del barrio? La yedra va tejiendo caprichosos bordados sobre las fuentes en las que, por verdadero milagro, el agua brota rebosante.

Ambiente para un asceta o para un artista. El silencio deambula por todas partes y este ambiente se presta para hacer un recuento de la vida del notable esteta.

En el silencio que me rodea principio a mover la rueda del pasado, para torcer los hilos arcaicos de la Historia.

A principios del siglo XVIII se estableció en la muy noble y muy leal

ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, don Pedro de Landívar y Caballero, procedente de su tierra natal la villa de Barazoaín del reino navarro.

La familia Landívar poseía un espíritu religioso de muchos quilates. Prueba convincente es que dos miembros de ella, hicieron acto de profesión: fray Miguel Landívar, en el convento de San Francisco de Alcalá de Henares, y fray Félix del mismo apellido, en un convento capuchino.

Poco después de su arribo a estas tierras, don Pedro fue nombrado capitán de la sala de armas del Real Palacio, mereciendo toda la estima del presidente don Antonio de Echevers y Suviza. Contrajo matrimonio con doña Juana Xaviera Ruiz de Bustamante, dama de noble prosapia, cuya hermosura la esbozaron viejos cronicones del siglo.

De este matrimonio nacieron tres hijos: Rita, Josefa y Rafael.

La amistad cultivada por don Pedro con los jesuitas, sumada a su noble ascendiente, no encontró tropiezos para que el pequeño Rafael hiciera estudios de gramática, filosofía, teología y retórica.

Su inteligencia precoz se pone de manifiesto.

Hizo rápidos progresos en las aulas, graduándose de bachiller en filosofía en el propio centro de enseñanza establecido por los jesuitas.

Años más tarde, la Universidad de San Carlos de Borromeo le otorgó el título de maestro en arte, después del acto sustentado en la sala capitular de la Catedral metropolitana.

Cuando el muy ilustre capitán don Pedro de Landívar cerró sus ojos a la vida, el futuro poeta, honra y prez de América, con su bagaje repleto de ilusiones marchó para la capital de Nueva España, internándose en el Colegio de San Pedro y San Pablo, en donde escuchó el verbo de fray Andrés Velásquez y fray Juan Antonio Oviedo, convirtiéndose en discípulo del sapientísimo religioso Manuel Mariano Iturriaga, quien influyó para que el incipiente vate cultivara con asiduidad la poesía, ya que este jesuita era ilustre latinista y estupendo escritor.

Aprovechando la ausencia de Rafael, el capital que dejara el capitán general de caballería, era pasto de la voracidad de don Joaquín Lacunza —albaceta general— y de don Tomás de Landívar.

El segundo, conseguido lo que deseaba, marchó para España, sin que jamás se supiera de su pobre humanidad.

Después de la muerte de Lacunza, doña Rita quedó al frente de los haberes familiares.

Sin poder profesar en México, Rafael regresó a la capital del Reino, trayendo una recia ilustración. Después de renunciar a sus derechos hereditarios, logró profesar en la Compañía de Jesús, a la sazón bajo el celo del ilustre provincial fray Nicolás Calatayud.

Abandonó muy pronto su celda conventual, para hacerse cargo de la rectoría del Colegio de San Francisco de Borja.

Un acontecimiento fortuito vino a poner término a este estado de cosas.

"Celoso el gabinete de Madrid del demasiado poder que daban a los jesuitas sus virtudes, sus luces y constancia en todas sus empresas, procuraba buscarles algún crimen, y resolviendo al fin poner término a las inquietudes que le causaba una religión a cuyos individuos miraba como peligrosos en calidad de ciudadanos, para efectuarla, decretó una orden de extrañamiento de toda la monarquía española por las causas reservadas en el real ánimo".

El decreto de extrañamiento "fue comunicado a los virreyes y presidentes de los varios gobiernos de América", con la orden expresa "para que a cierta hora, en una noche determinada, fuesen sorprendidos todos los jesuitas de cada provincia".

Jesús, sus funciones, sus casas y sus institutos”.

Carlos III puso fin a la Orden de los jesuitas, tomando como base el atentado contra la vida del rey José I de Portugal, el 3 de Septiembre de 1758, hecho que conmovió al mundo entero, no obstante no haberse consumado el fin que se perseguía.

El marqués de Pombal, a la sazón su primer ministro, hizo recaer las furias del soberano sobre los componentes de la Orden de Loyola, encarcelando a todos sus adeptos.

En Francia, la marquesa de Pompadour logró que, por pedimento del rey Luis XV, ordenara el Sumo Pontífice, un vicario especial para los jesuitas franceses.

“En Guatemala se libró comisión por el superior gobierno al alguacil mayor, en 26 de junio de 1767, para que se ejecutase en la noche víspera de la festividad principal de su iglesia, que era el Corazón de Jesús, encargándosele que conforme el artículo 20 de la instrucción, los religiosos quedaban privados de toda comunicación externa de palabra y por escrito, hasta estar a bordo en la fragata “Thetis”, pudiendo proceder contra los transgresores seculares, por el rigor de las armas.”.

No obstante lo fatal de la noticia, todo se llevó a efecto en el mayor silencio, toda vez que las veintiuna cláusulas del decreto así lo imponían.

Según David Barry —editor de las noticias secretas— la expulsión de los jesuitas se debió a intrigas de los magnates de Portugal, puesto que cuando las misiones jesuíticas controlaban sus posesiones, los lusitanos “no usurparon nada, y cuantas veces lo intentaron por el Marañón, Paraná y Uruguay, otras tantas salieron escarmentados”. Este es el motivo más congruente, puesto que “apenas fueron removidos los jesuitas, los portugueses avanzaron por el Marañón, abriéndose camino para invadir a Quito. Poco después con la fundación de Mato Grosso, se han establecido casi dentro de Mojos y Chiquitos. Aún no habían pasado treinta años de la expulsión, cuando se hicieron dueños de casi todos los pueblos de las misiones guaraníes”.

Lo que llama la atención es que este acontecimiento tan escandaloso e injusto se haya consumado bajo el reinado del mejor rey de España, coligiéndose que el monarca fue sorprendido por sus ministros, sin sospechar la mancha que ensombrecería su floriente reinado.

A este respecto, comenta el abate Barruel en la Historia del Jacobinismo: “...el poder y las intrigas en Francia de un Choiseul, y de una Pompadour ligados con Voltaire; en España las de Aranda, amigo público de Alambert y todos los impíos; en Portugal las de Carvalho, feroz perseguidor de los hombres de bien; y en otras partes las de otros tantos ministros más subyugados aún por las relaciones de impiedad que por las de la política, han podido amenazar al Papa con el cisma de los imperios, y arrancar a Ganganelli el decreto de extinción”.

Los jesuitas, pues, quedaban a merced de su destino, no pudiendo retornar a estas tierras mientras aquí flameara el pendón castellano.

Los jesuitas se dispersaron por los cien caminos de Europa. Llegaron al Estado pontificio en busca de la munificencia de Clemente XII, pero el Sumo Pontífice negose a escuchar sus cuitas. Al tomar los destinos del Vaticano el Papa Clemente XIV, los desterrados abrigaron la esperanza de poder restaurar su congregación, pero muy pronto vieron sus sueños defraudados al conocer el Dominus ac Redemptor, el cual era una verdadera orden de claudicación para ellos. Decía: “Informados por el Espíritu Santo, como estamos persuadidos, impulsados por el deber de devolver la concordia al seno de la Iglesia, convencidos de que la Compañía de Jesús no puede prestar los servicios para los que fue fundada, y determinados por otros motivos de prudencia y sabiduría gubernamentales, que reservamos en nuestra conciencia, abolimos y destruimos la Compañía de

Mientras el padre Landívar fijaba su residencia en Bolonia, la ciudad de Santiago de los Caballeros era arrasada por el terremoto de Santa Marta. Mientras los habitantes de esta ciudad pasaban un éxodo terrible, el desterrado transido de dolor, transformó toda su tragedia en hermosos poemas, publicados en Módena y más tarde reproducidos en la ciudad de Bolonia.

Desde allende el mar, en un ambiente que estaba muy lejos de ser el suyo; solo, con esa soledad glacial del destierro, no se olvidó de la tierra natal, cantando a su paisaje y a sus glorias atrofiadas.

Los versos neolatinos de la "Rusticatio Mexicana" consagran a Rafael Landívar, poniéndolos sobre el nivel de Vaniere y Poliziano y muy cerca del gran Virgilio.

El desterrado ayer anónimo, hoy, a través de los años, surge con su recia figura de poeta máximo. Con el último descendiente revive con toda su pujanza el nobilísimo apellido, que ostentara como blasón sin mancha el capitán de los tercios españoles, don Pedro Landívar y Caballero.

"La Rusticatio Mexicana" es una obra maestra en el género descriptivo y es verdadera lástima que haya quedado escrita en el idioma del Lacio, porque estos versos de fuerte envergadura clásica, de elocución purísima y de forma perfecta, al verterlos a nuestra lengua pierden toda su pureza de estilo, todo su encanto virgiliano. Al meter estos poemas en los puros moldes del Román paladino, se desintegra la forma, se pierde el colorido de la elocución y la técnica landivariana. Es como si encerrásemos un cielo de primavera en una taza desquiciada.

La "Rusticatio Mexicana" fue hecha para vivir en el mundo diáfano y prístino de la latinidad, porque hasta su nombre está formado por dos palabras carentes de maleabilidad y ductibilidad en otra lengua que no sea la del Lacio.

Don Ignacio Laureda profanó esta obra al vertirla a la lengua de Lope con el nombre durísimo de "Rusticación Mexicana", y esto, no obstante ser profesor académico de la lengua latina.

Literatos de la talla de Menéndez y Pelayo, Bécquer, José María Heredia, Sommervogel, Medina y Caro, han respetado la obra del malogrado poeta, dejándola que viva en el mundo literario con el nombre dado por su autor en la lengua de Horacio y Cicerón.

Si Angelo Poliziano fue —según apreciación de Menéndez y Pelayo— más poeta en la lengua latina que en el idioma italiano, lo mismo podemos decir de Landívar, puesto que fue más poeta en la lengua de Homero que en la de Cervantes.

La "Rusticatio Mexicana" nació en el universo de la vida campestre, al igual que "La vida del campo" de fray Luis de León.

Sobre tan importante obra, no podía faltar la opinión autorizada del escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, quien apunta: "La obra de Landívar se mantiene en equilibrio por su magnífica retórica. El culteranismo de Landívar es el de su época. Culteranismo barroco al final de la siempre recomenzada y sin fin marejada de Góngora. Culteranismo, sosteniendo un techo de gusto difícil y cansado, que parece sólo esforzarse en probar su armonía. En lo muy moderno de su siglo, cuando está como velado o ausente el ejemplo retórico, es cuando el paisaje de Landívar se ilumina y canta. El gongorismo no es sólo cuestión de retórica, como han pensado críticos someros y bisoños, sino definida y pura posición estética. El equilibrio de la obra mantenida por su retórica, es secundario para nosotros. Lo que nos interesa es la frecuencia de los relámpagos poéticos".

El ascetismo con que me revestí para entrar a la mansión del poeta, crece a cada momento. Doy una ojeada por última vez a los solitarios patios y me dirijo al solar en donde se levantan los amarillentos muros de lo que fuera colegio y templo de la Compañía de Jesús.

Esta fábrica fue erigida en 1626, gracias al esfuerzo de un hombre de

noble prosapia. don Antonio de Justiniano.

Nada queda en pie si se exceptúan las paredes derruidas, en donde, hace muchos años, pendían cuadros de inestimable valor. Las celdas se desplomaron cansadas de esperar la vuelta imposible de los desterrados.

Los patios, antes nidos de silencio y unción, hoy, por ironía del destino, se han convertido en centros de comercio.

Yo que esperaba confortar mi alma con sahumerios de silencio, me encuentro en pleno corazón del mercado citadino. Donde antes barbotaron frases apologéticas, hoy, sin poderlo evitar, escucho un prolongado barullo. Una masa heterogénea de gente. Las unidades de la gran colmena humana no hablan: gesticulan. Una babel inconcebible en los ribetes del siglo XX. Inmensa gama de colores para volcarlos en la paleta de un pintor impresionista.

Albea la camisa del alfarero entre los morenos contornos de las tinajas y batidores. Brochazo de bermellón sobre el lienzo ultramarino, pone la india de Santa María de Jesús en el marco de la mañana.

Como cartujos, con movimientos perezosos, pasan los aborígenes de San Antonio Aguas Calientes.

Pasa la mengala, huraña, con el seno rotundo bajo la camisa sedaña, envuelta en el abrazo del trapillo almidonado y tronador; a su alrededor, el aroma trivial de polvos y perfumes baratos. Junto a la mujer del pueblo, envuelta en las irisaciones del sol, modelada en luz, emerge la señorita antigüeña, advirtiéndose en sus mejillas todo el frescor de la campiña.

Si la venturosa Albano se jacta de haber proporcionado las modelos más perfectas a los pintores y escultores de Roma, ¿qué diré de estos ojos —soles negros de la medianoche— que sin quererlo, me hacen recordar a las mujeres de Romero de Torres? Bocas con la jugosidad de las fresas, hechas por Dios para la sonrisa y el beso. Admirables perfiles de un clasicismo perfecto, cuerpos cimbreantes de dimensiones y contornos académicos, para modelo de una nueva maja. Pasan envueltas en nubes de "ciclamen" y "sipson", llevando en las manos odorantes ramos de rosas y claveles.

Si estas mujeres excepcionales se me aparecieran en alguno de los patios solitarios del ex convento, creería que escapadas de los lienzos estas vírgenes de Merlo o de Cabrera, cortaron las flores en el jardín conventual para depositarlas en la celda anónima y vacía de Rafael Landívar.

Antes que estas visiones me arrebatasen el estro de mi devoción, me aferré al recuerdo del desterrado. Pienso que vivió en este centro en perpetua comunión con la fe y con el arte. ¿Acaso no fue en esa sala, a la postre convertida en venta de jarcia, en donde oyó el inmortal jesuita las reglas teológicas y filosóficas, dictadas por los padres Juan Cartagena y Francisco Xavier Molina? Allí lo sorprendió la noche devorando las páginas de Santa Teresa de Jesús y de fray Luis de Granada.

¿No son estos los mismos muros que lo vieron partir una mañana de Junio —juntamente con los demás hermanos de la Orden— con el pecho colmado por el dolor, llevando sobre sus hombros el pesado fardo del destierro?

La mirada del poeta se quedó estampada siempre en la dura piedra. En estos muros pensó, sin duda, antes de pagar su tributo a la tierra de Bolonia.

Pero estos pensamientos que rezuman églogas, son borrados por la algarabía del mercado, en donde se dan cita el huraño trotamontes de Santa María, con la oronda señora de sombrilla y pañolón.

Al salir a la calle, libre del aroma de las hortalizas, mis labios cortan en voz baja:

"Salve cara Parens, dulcis Guatimala, salve,
Delicium vitae, fons, & origo meae".